



El asesinato de
Margaret Thatcher
Hilary Mantel



El asesinato de Margaret Thatcher

Hilary
Mantel

Traducción de
José Manuel Álvarez Flórez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1314

Título original: *The Assassination of Margaret Thatcher*

© Hilary Mantel, 2014

© por la traducción, José Manuel Álvarez Flórez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-233-4887-9

Depósito legal: B. 23.962-2014

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Perdone la molestia | 11 |
| La coma | 41 |
| El QT largo | 61 |
| Vacaciones de invierno | 71 |
| La calle Harley | 83 |
| Delitos contra las personas | 107 |
| ¿Cómo la conoceré? | 123 |
| El corazón falla sin avisar | 153 |
| Terminal | 173 |
| La escuela de inglés | 183 |
| El asesinato de Margaret Thatcher | 219 |

En aquella época no sonaba a menudo el timbre de la puerta, y si lo hacía yo me retiraba al interior de la casa. Sólo ante una llamada insistente me arrastraba por la moqueta y recorría el camino hasta la puerta principal con su mirilla. Estábamos bien provistos de pestillos y contraventanas, cerrojos, pasadores y cadenas de seguridad, y las ventanas eran altas y enrejadas. Vi por la mirilla a un hombre desconcertado con un traje gris plata arrugado: treinta y tantos, asiático. Se había apartado de la puerta y miraba a su alrededor, la puerta cerrada y trancada de enfrente y las polvorientas escaleras de mármol arriba. Tanteó en los bolsillos, sacó un pañuelo hecho una bola y se frotó la cara. Parecía tan agobiado que el sudor podría haber sido lágrimas. Abrí la puerta.

Levantó inmediatamente las manos como para mostrar que estaba desarmado, el pañuelo colgando como una bandera blanca. «¡Señora!» Yo debía de estar muy pálida bajo la luz que moteaba las paredes alicatadas con sombras oscilantes. Pero luego él tomó aliento, se estiró la chaqueta arrugada, se pasó

una mano por el pelo y sacó de la nada su tarjeta profesional.

—Muhammad Ijaz. Importación-exportación. Lamento mucho alterarle la tarde. Estoy totalmente perdido. ¿Me permitiría usar su teléfono?

Me hice a un lado para dejarle entrar. Seguro que sonreí. Teniendo en cuenta lo que seguiría, he de suponer que lo hice.

—Por supuesto. Si es que funciona hoy.

Fui delante y él me siguió, hablando; un negocio importante, casi lo había cerrado ya, imprescindible visitar al cliente, el tiempo (alzó la manga y consultó un Rolex de imitación), el tiempo se le estaba acabando; tenía la dirección (buscó de nuevo en los bolsillos), pero la oficina no estaba donde debía estar. Habló por teléfono en un árabe rápido, fluido, agresivo, las cejas enarcadas, movió finalmente la cabeza; colgó el auricular, lo miró pesaroso; luego me miró a mí con una sonrisa amarga. Boca débil, pensé. Casi guapo, pero no: delgado, cetrino, fácil de olvidar.

—Estoy en deuda con usted, señora —dijo—. Ahora he de irme a toda prisa.

Yo quería ofrecerle algo: ¿Ir al lavabo? ¿Un breve descanso? No tenía ni idea de cómo expresarlo. Acudieron a mi mente las palabras absurdas «lavarse y asearse». Pero ya se encaminaba hacia la puerta, aunque, por la forma en que había terminado la llamada, me pareció que los que le esperaban podrían no estar tan deseosos de verlo como él de verlos a ellos.

—Esta ciudad loca —dijo—. Siempre están levantando las calles y cambiándolas. Lamento mucho haber invadido así su intimidad.

En el vestíbulo, lanzó otra mirada alrededor y escaleras arriba.

—Sólo los británicos te ayudarán siempre.

Cruzó el vestíbulo y mantuvo abierta la puerta de la calle con su pesada mampara de hierro, dejando entrar, por un momento, el sordo estruendo del tráfico de la carretera Medina. La puerta se cerró, se había ido. Yo cerré discretamente la de casa y me fundí en el opresivo silencio. El aparato de aire acondicionado traqueteó, como un pariente viejo con una tos débil. El aire estaba cargado de insecticida; yo lo iba rociando a veces mientras caminaba, y caía a mi alrededor como brillantes nieblas, velos. Volví a mi libro de frases y a mi casete, lección 5: *Yo vivo en Yeda. Hoy estoy ocupada. ¡Dios te dé fuerza!*

Cuando mi marido llegó a casa por la tarde le conté:

—Ha estado aquí un hombre que se había perdido. Paquistaní. Un hombre de negocios. Le he dejado entrar a llamar por teléfono.

Mi marido guardó silencio. El aparato de aire acondicionado carraspeó. Mi marido entró en la ducha tras haber expulsado a las cucarachas. Salió luego, goteando, desnudo, se tumbó en la cama, clavó la mirada en el techo. Al día siguiente tiré la tarjeta profesional a un cubo de basura.

Por la tarde sonó otra vez el timbre de la puerta. Ijaz había vuelto, a disculparse, a explicarse, a dar-

me las gracias por haberlo salvado. Le preparé café instantáneo y él se sentó y me habló de sí mismo.

Era junio de 1983 por entonces. Yo llevaba seis meses en Arabia Saudí. Mi marido trabajaba para una empresa de geólogos asesores con sede en Toronto, y lo habían trasladado temporalmente al Ministerio de Recursos Minerales. Casi todos sus colegas se alojaban en complejos cerrados de diversos tamaños para familias, pero los hombres solteros y las parejas sin hijos como nosotros tenían que arreglárselas con lo que pudieran conseguir. Aquél era nuestro segundo piso. Al soltero americano que lo había ocupado antes lo habían sacado de allí a toda prisa. En el piso de arriba del edificio, que tenía cuatro, vivía un funcionario saudí con su esposa y un bebé; la cuarta planta estaba vacía; en la planta baja, al otro lado del vestíbulo, enfrente de nosotros, vivía un contable paquistaní que trabajaba para un ministro del gobierno, llevándole la contabilidad personal. Al encontrarse con las mujeres en el vestíbulo o en las escaleras (una de negro de pies a cabeza, otra parcialmente velada), el soltero les había alegrado la vida diciéndoles «¡Hola!». O quizá «¡Qué hay!».

No había sugerencia alguna de más impertinencia que ésa. Pero alguien presentó una queja: él se esfumó y fuimos nosotros a vivir allí en su lugar. El piso era pequeño para los criterios saudíes. Tenía moqueta beis y empapelado color hueso en el que había un leve diseño rugoso, casi imperceptible. Las

ventanas estaban protegidas por sólidas persianas de madera que bajaban ruidosamente girando una manivela por el interior. Incluso con las persianas levantadas era oscuro. Y yo tenía que tener los fluorescentes encendidos todo el día. Las habitaciones estaban aisladas unas de otras con puertas dobles de madera oscura, pesadas como tapas de ataúd. Era como vivir en una funeraria, con muestras almacenadas alrededor, e insectos oportunistas friéndose en los fluorescentes.

Ijaz me contó que se había graduado en una escuela de comercio de Miami y que su negocio, su principal negocio en aquel momento, era el agua embotellada. ¿Había salido adelante aquel asunto, el de ayer? Fue evasivo; era evidente que no se trataba de una cosa simple. Hizo un gesto con la mano: démosle tiempo, démosle tiempo.

Yo aún no tenía amistades en la ciudad. La vida social propiamente dicha se concentraba en las casas particulares; no había cines ni teatros ni salas de conferencias. Había instalaciones deportivas, pero las mujeres no tenían acceso a ellas. No se permitían «reuniones mixtas». Los saudíes no se mezclaban con los trabajadores extranjeros. Los miraban por encima del hombro como males necesarios, aunque los expatriados de habla inglesa y de piel blanca estaban en lo alto de la jerarquía. Los demás (Ijaz, por ejemplo) eran «nacionales de terceros países», una etiqueta que les exponía a todo género de truculen-

cias, ofensas y complicaciones diarias. Indios y paquistaníes trabajaban en las tiendas y en pequeños negocios. Los filipinos trabajaban en la construcción. Hombres de Tailandia limpiaban las calles. Barbudos yemeníes se sentaban en la acera junto a la entrada de sus tiendecitas, las faldas alzadas, las piernas peludas estiradas, las babuchas a centímetros de los coches que pasaban zumbando.

Estoy casado, dijo Ijaz, y con una americana; tienes que conocerla. Quizá, dijo, quizá podrías hacer algo por ella, ¿sabes? Lo que yo preveía como máximo era el plan usual de Yeda, de parejas encadenadas. Las mujeres carecían de potencia motriz en aquella ciudad; no tenían permiso de conducir y sólo las ricas tenían chófer. Así que las parejas que querían ir de visita tenían que hacerlo juntas. No me pareció que Ijaz y mi marido fuesen a ser amigos. Ijaz era demasiado inquieto y nervioso. Se reía sin más ni más. No paraba de darse tirones en el cuello de la camisa y de retorcer los pies en sus Oxford rozados, andaba siempre dando toquecitos a su falso Rolex, siempre disculpándose. Vivimos abajo, junto al puerto, dijo, mi cuñada y mi hermano, aunque acaba justo de volver a Miami, y mi madre, que está haciéndonos precisamente ahora una visita, y mi esposa de América y mi hijo y mi hija, seis y ocho años. Sacó la cartera y me enseñó un niño pequeño de aspecto extraño y acrocéfalo. «Saleem.»

Cuando se fue, me dio las gracias de nuevo por haber confiado en él y dejarle entrar en mi casa. Porque podría haber sido cualquiera, dijo. Pero no es

propio de los británicos pensar mal de desconocidos en apuros. En la puerta me dio la mano. Ya está, pensé. Parte de mí pensó, «mejor así».

Porque siempre estabas vigilada: controlada sin ser concretamente vista, reconocida. Mi vecina paquistaní Yasmin, para desplazarse entre su piso y el mío, se echaba un velo sobre el pelo rizado, luego se asomaba a la puerta atisbando; brincaba por el mármol con movimientos nerviosos como un pajarito, volviendo la cabeza a un lado y a otro, por si pudiese ocurrírsele a alguien abrir la pesada puerta de la calle en aquel momento preciso. Yo, a veces, irritada por el polvo que entraba por debajo de la puerta y se amontonaba en el mármol, salía allí con un escobón. Mi vecino saudí bajaba de la primera planta camino de su coche y pasaba por encima de mis pinceladas sin mirarme, la cabeza desviada. Estaba otorgándome invisibilidad, como muestra de respeto a la esposa de otro hombre.

Yo no estaba segura de que Ijaz me otorgase ese respeto. Nuestra situación era anómala y propicia al malentendido: yo tenía un visitante por la tarde. Él probablemente pensara que sólo el tipo de mujer que corría muchos riesgos dejaba entrar en su casa a un desconocido. Pero no podía barruntar qué era lo que pensaba en realidad. Quizá una escuela de negocios en Miami o el tiempo que había pasado en Occidente habían hecho parecer mi actitud más normal que no. Su charla era tranquila ahora que me

conocía, llena de chistes endebles de los que él mismo se reía; pero luego estaban el golpeteo del pie, los tirones al cuello de la camisa, el tamborileo de los dedos. Me había dado cuenta, escuchando mi grabación, de que su situación estaba prevista en la lección 19: *Le di la dirección a mi chófer, pero cuando llegamos, no había ninguna casa en aquella dirección.* Yo tenía la esperanza de mostrar con mi vivaz camaradería lo que era sólo la verdad: que en nuestra situación no podía haber nada anormal porque yo no sentía absolutamente ninguna atracción hacia él; tan poca, que me sentía culpable por ello. La cosa empezó a ir mal por ahí: por mi sensación de que debía corresponder al carácter nacional que él me había asignado, y que no debía menospreciarle ni rechazar su amistad para que no creyera que lo hacía porque era un Nacional de Tercer País.

Porque su segunda visita y la tercera fueron una interrupción, casi una irritación. Al no tener más opción en aquella ciudad, yo había decidido cultivar mi aislamiento, mimarlo. Estaba enferma por entonces, y sometida a un régimen feroz de medicamentos que me provocaba jaquecas cegadoras, me volvía un poco sorda y me incapacitaba para comer aunque tuviese hambre. Los medicamentos eran caros y había que importarlos de Inglaterra; la empresa de mi marido los traía por correo. Se filtró la noticia y las esposas de la empresa decidieron que yo estaba tomando medicamentos para estimular la fertilidad; pero yo no lo sabía, y mi ignorancia hacía que nuestras conversaciones resultasen un tanto pe-

culiars y un poco amenazadoras para mí. ¿Por qué estaban siempre hablando, en los momentos de sociabilidad empresarial forzada, de mujeres que habían sufrido abortos pero ahora tenían un bebé saltarín en el cochecito? Una mujer más vieja reveló que sus dos hijos eran adoptados; los miré y pensé: «Jesús, ¿de dónde los sacó, del zoo?». Mi vecina paquistaní se sumó también al arrullo del vástago que tendría yo próximamente: ella estaba al tanto de los rumores, pero atribuí sus insinuaciones al hecho de que estaba embarazada de su primer hijo y necesitaba compañía. La veía casi todas las mañanas para una pausa de charla y café, y prefería inducirla a hablar sobre el islam, cosa bastante fácil; era una mujer instruida y deseosa de enseñar. 6 de junio: «Pasé dos horas con mi vecina —dice mi diario—, ampliando la brecha cultural».

Al día siguiente, mi marido trajo a casa billetes de avión y mi visado de salida para nuestras primeras vacaciones de vuelta a casa, para las que faltaban siete semanas. Jueves, 9 de junio: «Encuentro un pelo blanco en mi cabeza». En Inglaterra había elecciones generales, y estuvimos toda la noche levantados escuchando los resultados en la emisión internacional de la BBC. Cuando apagamos la luz, la hija del heredero brincó por mis sueños a los compases de *Lillibulero*. El viernes era fiesta, y dormimos sin que nada nos molestase hasta la llamada a la oración del mediodía. Empezaba el ramadán. Miércoles, 15 de junio: «Leí *El caso Twyborn* y vomité esporádicamente».